

V. Moller, *La ruta del conocimiento. La historia de cómo se perdieron y redescubrieron las ideas del mundo clásico. Una historia en siete ciudades*, trad. T. de Lozoya y J. Rabasseda, Barcelona, Taurus, 2019, 383 pp.

“Cuando nos distanciamos un poco y contemplamos la historia desde una perspectiva más amplia, podemos apreciar con mayor claridad la intrincada maraña de conexiones existentes entre las distintas culturas, lo que nos proporciona una visión más general, más matizada y en último término más vívida de nuestra herencia cultural” (pp. 27-28). Con estas palabras, que resumen con nitidez el enfoque del presente estudio, un relato emocionante de nuestra herencia intelectual, abrocha la autora el Prólogo del mismo. Violet Moller es una historiadora independiente, doctorada en “Historia intelectual” por la Universidad de Edimburgo, que trabaja en la historia de las ideas y de la transmisión del conocimiento. Ese es el marco de *La ruta del conocimiento*, ruta que nos conduce por el periplo del devenir de la ciencia griega desde la Antigüedad al Renacimiento, en concreto remontándose al itinerario que siguieron las obras de Euclides, Ptolomeo y Galeno desde Alejandría hasta la imprenta de la Venecia del siglo XVI. Se trata de un combate contra la visión tradicional que simplifica todo convirtiendo a Grecia en la fuente, a Roma en la transmisora y, en un salto de mil años, de ella directamente al Renacimiento, esto es, sin mención alguna a la influencia que tuvo en la cultura europea el mundo árabe medieval. Y ello a pesar de que durante la Edad Media no se gestó prácticamente conocimiento científico en la Europa occidental, de modo que hay algunas cuestiones que merecerían respuesta, como las relacionadas con la forma en que la ciencia antigua sobrevivió, con quienes la copiaron y tradujeron o con cómo consiguió sobrevivir todos esos siglos. La propuesta, *a priori*, es tremendamente atractiva.

El libro, que en sí es un viaje, nació en un viaje real, el que realizó en coche la autora desde Inglaterra a Sicilia con una amiga. En la isla pudo sentir cómo múltiples capas de historia la envolvían gracias a las señales que las distintas civilizaciones habían ido dejando: un punto de encuentro de culturas diversas, un lugar de intercambio y transformación de ideas, de tradiciones, que había puesto en contacto mundos muy distintos. Años después, durante la realización de su tesis doctoral sobre el conocimiento intelectual en la Inglaterra de comienzos de la Edad Moderna, a través de la biblioteca de John Dee, descubrió que uno de los grandes logros de este personaje había sido la traducción al inglés de los *Elementos* de Euclides (1570). ¿Cómo había atravesado el espesor de los siglos esa obra? Curiosamente, en el estudio de la biblioteca de John Dee, comprobó que muchos libros científicos habían sido escritos por eruditos árabes. Relacionó esta circunstancia con las sensaciones que le produjo Sicilia y entonces surgió la chispa que la llevó a ampliar su “visión de la historia más allá del esquema tradicional de Occidente” (p. 23) que cristaliza en este libro.

El inicio del Prólogo (pp. 17-28) nos sorprende con una descripción del fresco de Rafael conocido como “La Escuela de Atenas”, a propósito del apogeo del Renaci-

miento en Roma. Resalta cómo el marco arquitectónico romano, audaz, monumental, abraza la cultura y las ideas representadas por las cincuenta y cuatro figuras, casi sin excepción griegas, en una suerte de “homenaje al redescubrimiento de las ideas antiguas que fueron transcendentales para el ambiente intelectual de la Roma del siglo XVI” (p. 20). Si bien no hay un acuerdo generalizado sobre la identidad de todos los personajes, en la parte izquierda aparece un hombre, tocado con un turbante que se inclina sobre Pitágoras para ver qué escribe, sobre el que sí hay consenso. Se trataría del filósofo musulmán Averroes, el único representante identificable del milenio que va del último filósofo griego a la época de Rafael, y el único representante de la erudición árabe que floreció en aquel período. A partir de este punto, Violet Moller justifica la elección de los tres autores cuyas huellas persigue a través de siete ciudades, a cada una de las cuales dedica un capítulo. Podían haber sido otras ciudades, pero estas comparten las condiciones que permitieron que la investigación floreciera: estabilidad política, suministro de fondos y textos, un grupo de individuos interesados y, ante todo, una atmósfera de, siquiera relativa, tolerancia, inclusión y respeto a la diferencia (nacional y religiosa), esto es, la colaboración como motor de la ciencia. Antes de llevarnos hasta Alejandría, aún dedica unas páginas a lo que llama “La gran desaparición” (pp. 29-45). Nos sitúa en torno al año 500 de nuestra era, en un mundo inmerso en grandes cambios, confusión, en el que las bibliotecas se sumían en las llamas y en el que había pocas certezas, casi ninguna. Es, pues, un ambiente que no propiciaba la conservación de los textos ni la búsqueda del conocimiento. Y a pesar de todo hubo “pequeñas bolsas de erudición” (p. 31) que lograron mantener el pulso y con ellas permanecieron a salvo un buen número de libros. Por entonces, Estobeo realizó la más amplia antología de textos literarios griegos: 1.430 citas en verso y prosa de las que apenas 315 pertenecen a obras que aún existen. ¿Dónde están las demás? Perdidas. Tras la caída de Roma, buena parte de las grandes ideas del mundo clásico se perdieron: muchos libros fueron destruidos por los cristianos, la biblioteca de Alejandría fue arrasada... Es un lugar común que los siglos medievales son oscuros, que el espíritu de la cultura clásica se apagó y la ortodoxia cristiana lo persiguió, una idea que se desarrolla en otro reciente libro de Catherine Nixey, *La edad de la penumbra. Cómo el cristianismo destruyó el mundo clásico* (Barcelona, Taurus, 2018). Y la ciencia no habría corrido mucha mejor suerte. No obstante, consiguieron sobrevivir los *Elementos* de Euclides, el *Almagesto* de Ptolomeo y el corpus de las obras de Galeno. Las ideas encerradas en esas obras han conseguido llegar hasta nosotros a través de generaciones de copistas y traductores y fueron ampliadas y transformadas por estudiosos del mundo árabe que las condujeron hasta el final de la Edad Media y el inicio del Renacimiento. Se antoja, en consecuencia, necesario descubrir la red de conexiones entre el mundo islámico y la cristiandad que preservaría y transformaría estas ciencias. Y es que las obras de estos tres autores se perdieron en el Occidente latino y cristiano durante siglos, pero las recuperaron los eruditos musulmanes, que las tradujeron al árabe, de donde posteriormente fueron traducidas al latín a partir del siglo XI.

Violet Moller se centra en estas tres figuras y en tres ciencias, matemáticas, astronomía y medicina, y en el largo viaje que recorrieron sus obras. Ellos fueron los pioneros de la práctica de una ciencia cimentada en la observación, en la experimentación, en el rigor y la exactitud, en la comunicación clara, esto es, en lo que hoy convenimos en llamar “método científico”. El año 500 era un buen momento para empezar, el tránsito a una nueva época (sobre la que aún hace falta arrojar mucha

luz), la Edad Media. Pero era preciso retroceder en el tiempo para empezar por el principio, por “Alejandría” (pp. 47-76), e indagar sobre cuándo y cómo fueron escritos los textos que luego se dispersaron por el Mediterráneo oriental en dirección a Siria y Constantinopla, donde permanecieron hasta el siglo IX, cuando en la capital del Imperio musulmán, Bagdad, empezaron a buscarlos para traducirlos al árabe y cimentar en ellos sus investigaciones. “Bagdad” (pp. 77-120) se convirtió en el gran centro de erudición después de la Antigüedad y en modelo para muchas otras ciudades del mundo árabe. Una de las más importantes fue “Córdoba” (pp. 121-158), bajo cuyo patrocinio se estudiaron las obras de los tres autores y se perfeccionaron. Desde allí fueron trasladadas a otras ciudades y, cuando los cristianos fueron reconquistando la península, “Toledo” (pp. 159-192) se convirtió en el gran centro de la traducción que, además, introdujo los textos antiguos en el mundo cristiano latino. No puedo dejar de citar en este punto los capítulos “Al-Ándalus, el paraíso de España” y “El mito de la Reconquista” del último libro del hispanista Henry Kamen, *La invención de España. Leyendas e ilusiones que han construido la realidad española* (Madrid, Espasa, 2020), que ofrecen una imagen novedosa de esta realidad. La autora combate la idea de que en la Península ibérica tuviera lugar una auténtica “reconquista” cristiana, porque ese concepto niega el legado cultural de Al-Ándalus, pues no es admisible que unos reconquistaran el territorio que gobernaban otros y que todo volviera a ser como antes. Tras seguir la ruta de los textos, la autora nos acerca a otros lugares en los que se simultanearon las culturas griega, árabe y occidental. “Salerno” (pp. 193-227) recibió los textos médicos desde el Norte de África traducidos al latín, razón por la que esta ciudad se convirtió en el principal centro de estudios de la medicina. En “Palermo” (pp. 229-264) fueron Euclides y Ptolomeo los que tuvieron mayor protagonismo al ser traducidos del griego al latín y ser abandonadas progresivamente las versiones del árabe. Finalmente, el viaje nos lleva a “Venecia” (pp. 265-309), donde, en la segunda mitad del siglo XV, comenzaron a llegar manuscritos para ser convertidos en impresos. La autora aclara que no ha profundizado en la compleja maraña de la transmisión textual y en la multiplicidad de copias manuscritas, sino que solo ha pretendido dar una versión simplificada del viaje de esos textos, no obstante lo cual el libro tiene un evidente interés tanto para el especialista como para el profano en la materia. Podríamos decir que está en consonancia con su deseo de facilitar una visión menos erudita, más amplia sobre los personajes y sus peripecias, es decir, un deseo de “infundir vida a la historia de las ideas” (p. 27). Esta visión le ha permitido expandir los límites del relato de nuestra historia y acercarnos a las aportaciones del mundo islámico y también de los eruditos cristianos medievales, de suerte que se “rellenan” los siglos que van de la caída del Imperio romano hasta el Renacimiento.

Si el libro al comienzo nos situaba en el año 500, aún quedaba hablar del otro extremo, “De 1500 en adelante” (pp. 311-325), para cerrarlo. El panorama ha cambiado radicalmente en esos mil años: ahora todos pueden convertirse en miembros de la creciente “República de las Letras” y contribuir al desarrollo del conocimiento. Tras este capítulo final, aparecen las notas (pp. 327-338), agrupadas al final, lo cual dificulta su lectura (en nuestra opinión son preferibles las notas a pie de página); la bibliografía (p. 339-350), organizada en fuentes primarias, secundarias y recursos en internet; los agradecimientos, el listado de ilustraciones y el índice alfabético.

La ruta del conocimiento, en cierto modo, pone en “cuestión” la idea de Renacimiento. Las traducciones directas del griego al latín de finales de la Baja Edad Media

crearon la falsa sensación de que se recuperaban fuentes originales, pero lo cierto es que ese proceso había arrancado mucho antes (en realidad nunca se detuvo) y Bagdad forma parte de él, hasta el punto de que la autora afirma que el Renacimiento arrancó allí. Extraordinario viaje, en el que sabiamente se combinan historia, bibliofilia y ciencia, al que cualquier lector curioso puede (debe) acercarse gracias al gran esfuerzo divulgativo y de reducción a lo esencial de las cuestiones abordadas por la autora en un lenguaje asequible. Una luminosa ventana a la Edad Media desde la que podemos contemplar las líneas de continuidad entre el pasado clásico y los avances realizados en los ámbitos musulmán y cristiano que, con la copia y traducción de las obras, contribuyeron a difundir, corregir y mejorar el legado científico de Euclides, Ptolomeo y Galeno: una preciosa historia cultural del milenio medieval.

Antonio López Fonseca
Universidad Complutense de Madrid
alopezf@filol.ucm.es